

MIRIAM ES ANOREXICA.

Capítulo Uno

"Después del primer recreo teníamos Gimnasia, y a la señorita Bliesel se le ocurrió la idea de volver a atormentarnos con las barras asimétricas. Me llamó antes de que pudiera escabullirme en los servicios.

- **Vamos Miriam más impulso!** - Me animó la profe.

¡Como si no hiciera ya todo lo posible! Sudaba como un cerdo, y me daba cuenta de que me estaba convirtiendo en el centro de atracción. La clase mantuvo el aliento.

Mi pierna se movió un milímetro en la dirección equivocada. Fue suficiente. Me vi arrastrada hacia abajo por mi propio peso. Pesada como el plomo.

-**¿Qué pasa con los abdominales, Miriam?** - Preguntó la señorita Bliesel -

Más tensión. Vamos, un intento más.

Cuando le oí decir *abdominales*, habría podido matarla. Así que también ella se había dado cuenta de lo gorda que me había puesto desde el año pasado.

Seguro que todo el mundo lo veía. Menos mi madre. Ella seguía afirmando que los vaqueros habían encogido al lavarlos. Probablemente seguiría diciéndolo cuando pesara cien kilos.

Cincuenta y ocho kilos. Cuando me miré en el espejo, el resultado fue inmisericorde.

¡Que gordo se veía mi rostro! ¡Michelín Miriam, la reina del tocino! Si me apretaba la mandíbula contra el pecho, me salía una papada como la de mamá. Hacía mucho que mi tripa no era "mi tripita", sino un tambor. Y mis pechos eran un desastre. De hecho había un par de chicas que envidiaban mi volumen de pecho. Les hubiera dado gustosamente la mitad. ¡Idiotas que confundían cantidad con calidad!

¡Tenía que adelgazar, como fuese! Por lo menos ocho kilos. Quería pesar cincuenta kilos, como hacía dos años. Ni un gramo más.

Abrí la llave a toda prisa, porque Ángela entraba corriendo.

-¿Todo en orden?

-Me siento mal- Mentí-

La seguí al gimnasio. Me senté junto a Silke en el banquillo.

-¿Quieres?- Silke me ofreció un tubito de caramelos-Están muy buenos.

-Gracias.

Disolví con placer el caramelo en la lengua. Sí que estaba rico. Sólo después se me ocurrió que también tenía calorías. Me irrité. Si quería perder peso, debía prestar más atención. Había que empezar por detalles así."

"Por fin sonó el timbre del recreo. Mi estómago reaccionó con rapidez.

No, muchacho, esta vez tengo que defraudarte, ¡ahora estamos a dieta! ¡Al fin y al cabo, no quiero parecerme a mamá ni a la abuela!

Aun así eché un vistazo a ver qué llevaba. Mamá me había preparado un sándwich doble fino paté. Siempre cuidaba que Jenny y yo comiéramos algo en el recreo. Su lema era: "Sólo si tienes algo en el estómago podrás concentrarte correctamente". ¡Si fuera por cantidad, yo tendría que ser la mejor de la clase!

Miré unos instantes el pan y en seguida me entró un apetito gigantesco. Un reflejo..., exactamente igual que en los experimentos de los que nos habían hablado hacía poco en la clase de Biología. A un perro le dan de comer siempre que suena un timbre. Al cabo de un tiempo, empieza a babear cada vez que suena..., aunque no le den de comer. A mí me pasaba lo mismo. El timbre del recreo, el ruido de las bolsas, y se me hacía agua la boca. Como a

un animal.

Envolví el pan de nuevo y lo metí en la mochila. En realidad no me costó trabajo y me sentí orgullosa de haber podido renunciar tan fácilmente a él. ¡Era increíble la cantidad de veces que me había metido sin pensar en el cuerpo todos esos sándwiches, sin tener hambre! ¡Cuántas calorías habrían sido! Resistí igual de bien sin bocadillo.

Pero cuando corría por el patio, el estómago me gruñía como loco. Tuve que repetirme continuamente que no quería comer nada. Se convirtió en una idea fija."

"¡¡Galletas!!

Ya estaba delante del quiosco, sacando el monedero" ¡Buitre idiota!", me despellejaba con el pensamiento "¡Ya estás flaqueando!"

Mi otro yo se defendió en seguida: "Sólo voy a comer una galleta, no todo el paquete".

Aún había tres paquetes en la estantería. ¡Ojala que los niños delante de mí no me quiten las galletas!:

Tomaron sus botellas y se volvieron. Uno se quedó mirando mis pechos, gritó: -Ey, Arno ¡son de verdad esas tetas?

Los niños se sentían valientes al decirlo. Normalmente ese comentario me habría resbalado. Pero hoy no era mi día. Y encima mis pechos eran grandes y llamativos. ¡Estaba demasiado gorda!

En vez de comprarme galletas, me escondí en el baño y lloré. Iba a ponerme a dieta hasta que pesara cincuenta kilos. Lo juré ante mi imagen en el espejo.

Después del recreo teníamos inglés. Todos los de cuarto hacían un viaje en ese curso. Nosotros los de cuarto C, queríamos ir a Londres.

La señorita Strang dijo - Aparte de ir yo, es probable que viaje el señor Wertlich -

Todos rieron y aplaudieron.

Me sentí feliz. Casi todas las de mi clase estaban locas por él, y yo no sea la excepción. Hubiera hecho cualquier cosa por Bobby. Con Bobby estudiar era puro placer. Cuando me sonreía soñaba noches enteras con él.

Garabatee algo en un trozo de papel. Quedaban ocho semanas hasta el viaje.

Para entonces tenía que haber alcanzado mi peso ideal. Un kilo menos por semana. Alrededor de ciento cincuenta gramos al día ¡Sonaba ridículamente sencillo! ¡Tenía que lograrlo! ¡Nada de bocadillos, nada de chocolate ni otras bombas calóricas! Tendría cuidado con lo que me zampaba. Y empezaría a contar. ¡Mil calorías al día, desde ese mismo instante corre!"

Capítulo dos

"Toqué el timbre tres veces: largo, corto, corto... Y entonces mi abuela apareció en la puerta de la cocina: pelo gris y corto, rostro redondo, pequeño, robusta, y luego esos increíbles senos, la maldición de la familia. Me miró radiante, y no fui capaz de decirle que no tenía hambre. Desde que el abuelo había muerto, ella vivía con nosotros, y mi mamá era feliz cuando la relevaba en la cocina. Mi abuela cocinaba con pasión.

Cuando entré a la cocina, vi que en mi sitio había un plato con tres humeantes croquetas. Intenté protestar, sin mucha convicción:

-La verdad es que no tengo hambre.

-¡Pero si hay croquetas de pollo! -se indignó- Se pueden comer hasta sin hambre. ¡Anda, siéntate!

Mi cuerpo obedeció y me senté en el banco del rincón. El plato estaba peligrosamente cerca de mí.

Mis manos tomaron automáticamente el cuchillo y tenedor. No podía apartar la vista de aquellas croquetas. ¿Podía permitirme una croqueta con mil calorías al día? No había comido nada en el recreo, ahora eran las dos y me caía de hambre.

-Empieza de una vez - apremió la abuela.

No necesitaba animarme. ¡Oh, cuan débil es el ser humano!

Me metí a la boca el primer bocado. Era el cielo en la tierra. Mano de santo.

"*Pero un millón de calorías*", anunció mi conciencia.

Luego entró mamá a preguntar que tal en el colegio. Pensé si debía contar lo de gimnasia pero lo dejé.

De repente me di cuenta que me había comido la segunda croqueta de manera totalmente mecánica. ¡Maldición! Se me llenaron los ojos de lágrimas.

-¡Estoy demasiado gorda!- Grité indignada- Mírenme. ¡Estoy insoportablemente gorda! Tengo que adelgazar.

-Pero niña, ¿qué estas diciendo?- dijo la abuela. Y mi madre dijo al mismo tiempo:

-¡No estás en absoluto gorda!

-Sí, aún no estoy tan gorda como ustedes - lloré - ¡pero yo sólo tengo quince años!

-nosotras tampoco estamos realmente gordas- dijo mamá- Nos aprovecha bien la comida.

Ésa era su excusa favorita!"

"La abuela y mamá eran aliadas que querían convencerme de que no hiciera mi régimen.

- Es tan difícil.

- Ahórrate esa tortura.

- Una se siente todo el tiempo como si fuese media persona.

- ¡No hagas una cosa así!

- Y después en seguida se vuelve a subir todo el peso, incluso más.

- ¡Gracias por sus consejos! - rugí, me levante de un salto.

Me dejé caer de espaldas en mi cama y me quedé mirando el oblicuo del tejado. Me acaricie la tripa. Una blanda y flexible masa temblona. Qué asco.

Encogí el vientre todo lo que pude. La montaña de carne se transformó en una superficie plana.

Sobraban ocho kilos. Tenía que quitármelos entrenando. Entonces mi vientre

quedaría liso y firme.

Por desgracia no pude contener más el aliento. Mi vientre creció y volvió a convertirse en la fea bola de sebo de antes.

¡Mierda de tía! ¡Qué cosa tan estúpida! ¡Estaba gorda, gorda, gorda!

Me puse boca abajo y lloré. Las croquetas de la abuela se me habían clavado en el estómago, pesadas como el plomo. Me hinchaban el vientre y me hacían aún más gorda de lo que ya era. Seguro que pesaba cincuenta y nueve. La idea se me aferró al cerebro. Tenía que bajar a toda costa al baño a comprobarlo.

-¿Vas a pesarte?- Preguntó Jenny.

¡Idiota, como si no lo viera! No respondí, me quité la camiseta y los vaqueros y me subí a la báscula en ropa interior.

Esperé con tensión hasta que el indicador digital marcó el peso.

Cincuenta y ocho kilos, seiscientos gramos.

¡Maldición! Seiscientos gramos más que la última vez. ¡Melo temía!

- ¿Quién va a sacar a Timothy? Yo lo saqué ayer y anteayer, hoy te toca a ti.

Timothy era de la abuela. Era un cocker spaniel de once años, un caballero ya maduro.

-Esta bien, yo voy - dije

Si quería adelgazar en serio. Tenía que moverme. Cuanto más, mejor.

Cualquier ocasión era buena, incluso el aburrido paseo con Timothy. Fui con él a la biblioteca. Quería saber de una vez cuántas calorías tenían los distintos alimentos.

No sabía que hubiese tantos libros sobre el tema adelgazamiento. ¿Qué método era el mejor? ¿Cómo se adelgazaba con más seguridad? En uno de los libros encontré al fin una tabla de calorías. Fotocopié la lista y devolví el libro a su sitio.

Se había hecho tarde, así que volvimos a casa."

Capítulo tres

" A la mañana siguiente me desperté antes de que sonara el despertador. El sol entraba radiante por la ventana. Salté de la cama llena de energía. Hoy iría al colegio en bicicleta, por supuesto.

Primero, al baño y a la báscula, esta vez totalmente desnuda. Miré emocionada el indicador.

Cincuenta y siete kilos, novecientos gramos.

¡Hurra!, setecientos gramos menos que ayer. La cosa iba realmente deprisa. Mi buen humor aumentó. Imaginaba que mi tripa estaba un poco más plana que ayer. Cuando iba a mirarme al espejo con más detalle, Jenny aporreó la puerta.

-Está ocupado!

-¿Miriam? - Jenny se había quedado de piedra. Normalmente era la última en levantarme por las mañanas.

-Por tu culpa voy a llegar tarde- gruñó.

-Pues no te afeites hoy - estaba ingeniosa esta mañana.

Pero en la cocina se me quitó el buen humor. ¡Cielos, podría cortarse el aire con un cuchillo! Papá estaba escondido detrás de un periódico. Él y mamá no se dirigían la palabra.

-¿Tostadas con mantequilla? Me preguntó mamá.

-Sólo tostadas - contesté, sentándome junto a papá.

Él ni siquiera movió el periódico. Como si yo fuera transparente para él. Me dieron ganas de apartar el periódico y sonreírle diciendo "Hola papá ¿me conoces aún?". Pero el ambiente estaba demasiado tenso, no me atreví.

-Esta mañana quiero ir en bici al colegio- dije al fin, para romper con el maldito silencio.

-ojala las ruedas no estén desinfladas - dijo mamá- La bici ha estado en el sótano todo el invierno.

Mamá me dio las tostadas. Una sola tenía ochentas calorías. Con mantequilla, ciento setenta. Dos tostadas con mantequilla tenían trescientas veinte calorías. Con mi habitual vaso de leche entera. Después, aún solía tomarme un plátano sin problemas, o chocolatina. Espantoso. ¡Con esas raciones, por fuera tenía que ponerse uno gordo y grasiento.

"Cuando mi mamá fue a dejar el plato a la mesa, se le resbaló.

-Maldita sea! - rugió mi padre dando con el periódico en la mesa - ¿No puedes tener mas cuidado?

Yo estaba segura de que mamá iba a explotar. Pero se limitó y salió de la cocina. Hubiera corrido tras ella pero alguien tenía que recoger los trozos.

Entretanto papá terminó su café, dobló el periódico, dijo "Adiós" y desapareció.

Yo tiré los trozos y las tostadas al cubo de la basura.

Me preocupaba lo que estaba ocurriendo entre mis padres. Mas exactamente: me agobiaba.

Mierda. Sólo me faltaba preocuparme por mis viejos. Ya tenía bastante conmigo misma.

Naturalmente la rueda trasera de la bici estaba pinchada. Entonces tuve que tomar el autobús como siempre. Para utilizar mi bici, primero tendría que arreglarla.

Malhumorada salí del sótano a zancadas, tomé la mochila y troté hasta la parada.

Examen de Mate a primera hora. Después me entregaron el trabajo de

Lenguas. Me había puesto un aprobado alto, y me enfadé. Por desgracia, me había bajado la nota debido a que la introducción era floja.

Mierda, precisamente Lengua era una de mis asignaturas favoritas.

En algún momento llegó el recreo y saqué una de mis manzanas. Hasta ahora había resistido; por lo menos un triunfo. En Arte, de repente me sentí pésimo.

La profesora vio mi rostro pálido y me mandó a tomar aire. Fui al baño y me di cuenta de que me había bajado la regla. A eso se debían los dolores.

Esta vez fueron especialmente fuertes. Con cada espasmo me entraban sudores fríos y tenía escalofríos. Maldición, ¿por qué tenían las mujeres que sufrir así? Para mí siempre era una tortura, a veces los dolores me dejaban paralizada. Me parecía bastante injusto que los chicos no tuvieran semejantes dolores.

Cuando no pude soportarlo más, tuvieron que llamar a mi madre.

-¿Mal?- me preguntó.

-¿Por qué esta mierda no puede ocurrir sin dolor?

-Después del primer hijo es más fácil.

-Bonito consuelo, gracias.

-Bueno no quise decir que te tengas que embarazar ya.

Para eso, primero necesitaría un novio- gruí- Y con lo gorda que estoy, ni me mira nadie.

-No digas tonterías. Yo creo que eres muy guapa.

-Todas las madres creen que sus hijas son guapas- me burlé- Ninguna admite que ha tenido una bola de sebo.

-¡Basta ya!"

Capítulo cuatro

"Cincuenta y seis kilos, novecientos gramos. Iba tan rematadamente lenta... Y llevaba ayunando una semana. ¡Una semana entera sin chocolate, sin nata, sin flan, sin bollos! ¡Qué duro! Sobre todo porque mamá y la abuela me tentaban constantemente. Me hubiera resultado mucho más fácil si en casa no hubiera habido tantas golosinas. Por las noches, a veces me pasaba horas despierta, pensando en todo lo que había en la nevera y en que sólo tenía que bajar... Dos veces llegué hasta la puerta. Luego me volví a meter en la cama. "Ey, gorda, sebosa y encima débil de voluntad!" ¡Mi orgullo contra mi hambre! Me permitía mil calorías al día, no más. Era mucho más difícil de lo que yo pensaba. ¡Que instinto tan fuerte el hambre! Cuando me pillaba pensando en el chocolate, me insultaba a mí misma sin piedad. "¿Lo soportarás, Miriam bestia tragona? ¡Tu ansia es propia de un animal! ¡Los demás morirían de la risa si supieran en qué estás pensando todo el tiempo!" Había leído que durante el periodo el cuerpo pierde líquidos, y puedes llegar a adelgazar dos kilos. En mí, eso no funcionó. Es cierto que iba mucho al servicio, porque bebía mucha agua, pero no perdí peso. Últimamente estaba de mal humor, cansada, tenía hambre todo el tiempo y no podía concentrarme. Por las tardes casi no tenía ganas de hacer nada. ¡Estaba claro que así no iba a adelgazar! Sentada y tumbada casi no consumía calorías. Pero me sentía demasiado gorda como para ir al gimnasio o salir a correr. En cierta forma, había estado esperando un milagro. Había creído que sólo comiendo un poco menos todo iría de maravilla. ¡Maldita sea! Quizá no había apretado las tuercas lo suficiente. Posiblemente mil calorías diarias seguían siendo demasiadas. Y tenía que moverme más, como fuera."

"Necesitaba mi bicicleta, ida y vuelta al colegio, dos veces, veinte minutos... ¡Eso suponía doscientas calorías al día! ¡Contando los cinco días, mil calorías sin gran esfuerzo! En el recreo fui a llorarle a Jens, de la clase de al lado. Una vez, me había enderezado el manillar cuando me había caído de la bici en un banco de arena. En aquella ocasión me había dicho que podía acudir a él cuando tuviera que arreglar la bici otra vez. Le tomé la palabra. -¿Sigues en pie la oferta? -Por supuesto- respondió mirando fijamente mis monstruosos pechos. -Claro que no pretendo que lo hagas gratis. -Claro que no. -¿Y cuando puedo traerte la bici? -No hace falta, yo me paso. ¿Esta tarde está bien? -Perfecto. Fue puntual. Bajamos al sótano. Comprobó que la cámara tenía un agujero enorme. Sacó una cámara nueva del bolsillo de su cazadora, como por arte de magia. Un cuarto de hora después, la bici estaba lista. -¿Que tal?"

-¡Excelente! Lo has hecho de fábula, en serio.

-Bueno ya está.

Jens se incorporó y sonrió. Tenía una mancha en la mejilla. Se la limpió con el índice.

-¿Estoy guapo ahora?

-Fantástico- saqué el billete y se lo agite en el aire -¿Esta bien así?

-No- sonrió aún más.

De pronto tenía la espalda contra la pared, Jens estaba ante mí, con el rostro muy cerca mío. Estaba desconcertada. Me besó, su lengua recorrió mi boca y sus manos raptaron bajo mi jersey. Me quedé casi sin aire e intenté apartarle de mí.

-Tus tetas me vuelven loco. Es mejor de lo que imaginaba.

-¿Estas loco? -grité- ¡Basta! No quiero ¡lárgate!

Estaba totalmente confusa. Ni siquiera me di cuenta de cuando se fue. Sólo vi que de pronto ya no estaba.

Luego corrí hacia arriba. La casa estaba vacía. Corrí al baño y vomité la comida. Me lavé la boca, me quité el jersey y me enjaboné los pechos, como si así pudiera lavar el recuerdo. ¡Asqueroso, sencillamente repugnante!

¡Mis gordos, estúpidos y monstruosos pechos. ¡Lloré a gritos!

No sé cuánto tiempo estuve en el baño. En algún momento, oí un coche fuera.

Mamá volvía con la abuela. Rápidamente me lavé la cara con agua fría. No debían notar nada. Prefería cortarme la lengua antes que contar una sola palabra."

Capítulo cinco

"-¿Has adelgazado? -me preguntó Ania una mañana.

Yo me encogí de hombros.

-Es posible -murmuré, mientras me estremecía una salvaje alegría.

¡Por fin, por fin se veía!

-Vengo en bici al colegio, y eso ayuda.

Hace como si no lo supiera con exactitud, pero hacía media hora que me había pesado. **El momento de pesarme era el más importante de todas las mañanas.**

Cada vez, el corazón se me ponía en la garganta y el pulso se me disparaba al subir a la báscula.

Hoy, por primera vez, había marcado menos de cincuenta y tres kilos. ¡Había visto el número cincuenta y dos!

Los pantalones me sentaban mucho mejor. Podía meter la mano sin dificultades entre la cinturilla y la tripa; incluso podía moverla. Pero seguía encontrándome demasiado gorda. Seguía teniendo masas de grasa en el trasero, y mi pecho se había reducido, como mucho, un par de milímetros.

Donde más había adelgazado era en la cara. La abuela decía que tenía las mejillas hundidas y surcos oscuros alrededor de los ojos. Yo no veía esos hundimientos, y los surcos se debían a que estos días no había dormido mucho.

Ahora me controlaba férreamente. ¡Nada más que ochocientas calorías diarias! Por lo menos había desaparecido esa maldita sensación de hambre que tenía hacía tres semanas. Claro que cuando veía algo sabroso aún se me hacía agua la boca, ¡rabia, codicia! Pero podía dejarlo sin lamentarme.

No tenía que estar en mi habitación pensando constantemente "Abajo, en la cocina, hay un plátano, tómalo, tómalo"

Esta nueva actitud me hacía sentirme orgullosa. Había dominado mi hambre. Había vencido la codicia. Dominaba mi cuerpo. Hacía lo que yo quería."

"Para el día del viaje seguro que habría llegado a los cincuenta kilos ¿Lo notará Bobby? ¿Le llamaría la atención que estuviera mucho más delgada y más guapa?

Sí, también más guapa. Ya no permitía que la grasa se repartiera sin control por mi cuerpo. Todo debía afirmarse y fortalecerse. ¡Y entrenaba para conseguirlo!

Iba y venía al colegio en bici. Hacía las compras para mamá. Procuraba sacar a pasear a Timothy, aunque lloviera a cantaros.

Estaba claro que sólo paseando no se consigue un cuerpo firme. Únicamente correr de veras servía de algo, correr lo más que se pudiera, aguantando. En eso trabajaba. El principio fue brutal. Parecía tan fácil cuando una e encontraba a otros corredores. Pasaban corriendo sin jadear, con un ritmo regular, sin esfuerzo visible. Podían resistir durante horas...La primera vez que corrí, al cabo de doscientos metros me pesaban las piernas, empezaron a dolerme las tibias, mi respiración se apresuró y me quedé casi sin aire. Había ido demasiado deprisa. Comprendí que no era un problema de ritmo, sino de resistencia. La segunda vez, corrí conscientemente más despacio. También fue un desastre, porque casi no me movía del sitio y aun así resoplaba como

locomotora vieja. Me dolían las piernas, los tobillos, no tenía ninguna forma física y, además, carecía de estímulos.

Estaba totalmente furiosa conmigo misma.

"¡Corre, culo inválido, corre al menos hasta ese árbol de ahí! Si consigues llegar hasta esa papelera, mañana pesarás cien gramos menos. ¡Levanta las piernas, maldita sea!"

Me odiaba. Tenía que doblegar mi cuerpo. Tenía que forzarlo a hacer lo que yo quisiera. ¡Aunque me derrumbara en el intento!

"¡Corre, fofa!"

¡Correr, correr, correr!

Ahora corría todos los días por el parque. Poco a poco, iba dominando la técnica. Los primeros minutos eran los peores. ¡Resistir, resistir, resistir, nada de descansos! Mi cuerpo necesitaba siete minutos para calentarse. Luego ya no tenía frío, no importaba lo fresco y desapacible que estuviera el tiempo. Y eso que fue un mes asqueroso, demasiado frío para ser mayo."

"Cuando empecé de verdad a correr, mi apatía desapareció por completo. Ya no podía pasarme horas tumbada en la cama sin hacer nada. No podía ser, tenía demasiada energía que liberar. Cuando regresaba de correr y me duchaba, a veces volvía a salir a comprar un cuaderno o lápiz. Tomaba desvíos para ir a tiendas lejanas y me alegraba de encontrarlas cerradas y tener que ir a otras. En esos momentos me sentía absolutamente bien.

Incluso con cincuenta y un kilo, mis pechos seguían siendo catastróficos. Me había comprado algunos modelos nuevos para ir a clase. Pero me entraron ganas de llorar cuando me probé mis trapos en casa y me miré al espejo.

Tenían un aspecto totalmente distinto que en la tienda. La camiseta destacaba mi monstruoso pecho, era horrible. Seguro que Bobby ni siquiera me miraría. O peor: quedaría mirando mis dos bolas y pondría ojos de terror.

Me quité la camiseta. También el sujetador era nuevo. Ahora llevaba una talla menos, ¡pero seguía necesitando la maldita B!

¡Estaba gorda, gorda, gorda! Mi vientre... ¡Oh qué náusea blanca y temblorosa!

En mis sueños mi vientre era liso, firme y tostado por el sol... ¡No esa masa de tocino viscoso! ¡Y el tono moreno? ¡Ni rastro! Con ese tempo asqueroso, no podía ni pensar en ello.

Seguro que en Londres tampoco era mejor. Me hubiera gustado renunciar al viaje. No tenía ningunas ganas de ir. ¡Qué se me había perdido allí? No me apetecía dormir con compañeras y vieran mi gorda tripa.

Me quité las braguitas y el sujetador y me volví a subir a la báscula. Indicaba el mismo peso que hacía diez minutos.

Cincuenta y un kilo, cien gramos.

Todavía quedaban dos semanas para el viaje. Para entonces habría alcanzado los cincuenta kilos.

A la hora de cenar, me enfadé porque mamá y la abuela una vez más querían obligarme a comer. La mayoría de las noches sólo cenaba una rebanada de pan tostado, sin mantequilla, con una loncha de jamón o de queso. Esa noche mamá había hecho pizza.

¡Pizza! Todo el que no fuera completamente idiota sabía que un solo bocado contenía infinita cantidad de calorías. La pizza era tan mala que engordaba con

solo mirarla."

"En las últimas semanas, mamá y la abuela habían aceptado sorprendentemente bien mi régimen. Nada de refunfuñar, nada de reñirme, nada de agobiarme. Probablemente en secreto estaban orgullosas de mí, porque ciertamente estaba adelgazando..., cosa que ninguna de las dos había logrado nunca. Pero hoy mamá volvió a empezar con su necia táctica de atracción y seducción.

-Oh vamos, sólo hoy, como excepción. Ya estás tan delgada que puedes permitirte un trocito de pizza.

-He dicho que no- dijo alzando la voz.

Mamá y la abuela cambiaron la mirada.

-Creo que estás exagerando -dijo mamá- ¿No te has mirado al espejo? Tienes un aspecto enfermizo. Te bailan los pantalones y ninguna prenda te queda bien. Puedes dejar de adelgazar, ya estás lo suficientemente flaca.

-Quiero pesar cincuenta kilos y pesaré cincuenta kilos.

¡Si pensaban que iba a rendirme tan cerca de la meta, están equivocadas!

-Lo que estás haciendo ya no es normal- me retó- Por lo menos deberías probar una esquinita. Ya casi no comes. ¿Quieres morir de hambre, o qué?

-¡Normal!- rugí yo.

Me estallaba el cuello de la camisa.

-¿Que es eso de normal? ¿Como ustedes? ¿Son normales ustedes? Entonces, me alegro de no ser normal. ¡Gorda, grasienta y débil! ¡Y encima, satisfecha de mí misma! ¿Como puedes soportarlo?

Yo misma me quedé sorprendida por mi explosión. Antes nunca me hubiera atrevido a decir una cosa así. Y estaba bien. ¡Alguien tenía que sacudir alguna vez a estas mujeres!

Mamá me miró fijamente, presa de la impresión.

-Miriam ¿qué te pasa? ¡Has cambiado por completo!

Naturalmente había cambiado. Me había vuelto más fuerte, más consiente de mí misma. Durante largo tiempo había imaginado no ser capaz de nada y no contar para nada. Para unas cuantas personas era la última mona. Por ejemplo, para Tania, pero ella no contaba. O para papá. ÉL contaba un poquito más. Papá había sido mi héroe, mi ídolo, el que lo podía todo. Me había hecho un daño indescriptible ver cómo se ocupaba de Jenny y me dejaba a un lado. Así que ahora tenía otra opinión de él.

La verdad es que no entendía cómo mamá aguantaba con él. Por qué no se defendía. Quizás tenía miedo de que la abandonara.

Yo vivía en medio de caos. Yo era la única que mantenía la cabeza fría.

-La pizza está buenísima- intervino también la abuela.

-Por mí, que les aproveche- repliqué fríamente- Yo no quiero. ¡Punto!

Entonces mi madre perdió los nervios y me gritó.

-¡Estoy harta de tu teatro! ¡Te sientas a la mesa y pones siempre cara de asco!

No me hace falta más que mirarte para que se me quite el apetito. ¡Tu constante gruñir y refunfuñar! ¡Tu estúpido teatro de que estás demasiado gorda! ¡Basta ya! ¡Basta, maldita sea!

Lloró, se tapó el rostro con las manos y salió corriendo.

Capítulo seis

"-Sencillamente ya no te comprendo- continuó mamá- Y siempre habíamos sido como amigas, ¿no?"

¡Amigas! ¿Se había olvidado mamá de que tenía veintisiete años más que yo?

Mamá, mi hermana mayor. No, gracias. Nuestros intereses eran totalmente distintos.

-¿Mal de amores?- indagó mamá-

¡Mal de amores! Como si alguien fuera a mirarme mientras estuviera así de gorda. Además..., si el amor significaba sólo ese manoseo, podía renunciar a él. Con Jens me había bastado.

-No, no tengo mal de amores- Dije

-¿Entonces, tal vez problemas de dinero?

-No tengo nada en contra de que en adelante me subas la asignación.

Mamá suspiró.

-S vuelves a ser más dulce, encantada.

-¡Más dulce!- resoplé despreciativa.

-¡Ay Miriam!, siempre has sido una persona alegre, equilibrada. Últimamente pareces, bueno. como amargada.

-Qué pena que ya no puedas servirme de modelo

-De acuerdo- la voz de ella sonó fría- No quieres hablar conmigo, entendido.

-Has tardado bastante.

-¡Ya me voy!- Se puso de pie y salió.

Capítulo siete

El día que empezó el viaje, pesaba cuarenta y nueve kilos, trescientos gramos. No sólo lo había conseguido, sino que pesaba menos de lo previsto. En realidad eso hubiera debido alegrarme, si mamá no se hubiera puesto tan nerviosa. Se comportaba como si fuera mi primer viaje.

-¿Lo guardaste todo?- me preguntó mientras me llevaba al colegio- ¡Llama cuando llegues! ¿Tomaste la cartilla de vacunaciones?

-Sí, sí, sí.

Por fin llegamos. Ahí estaba mi clase, entre maletas y mochilas. Padres y madres preocupados revoloteaban por allí. Bueno, al menos mi madre no era una excepción. La profesora y el profesor mantenían la calma, se lo tomaban todo a broma, hacían chistes.

Ah, Bobby. Le eché un vistazo sin llamar la atención. Una semana entera cerca de ti. Mi corazón brincaba. Estaba mucho más delgada y me sentía bien, bien, bien!"

"-¿Qué, Miriam, nerviosa?

Cielos, Bobby se había fijado en mí y me estaba hablando. ¡Guau!, me temblaron las rodillas. Claro que estaba nerviosa, más por él que por el viaje.

-Seguro que Londres es interesantísimo- dijo mamá, porque yo fui incapaz de contestar.

Luego pinchó a Bobby con que si estábamos asegurados. Qué pasaría si alguien se enfermaba y todo eso. Qué penoso. Menuda impresión se llevaría Bobby. ¡La madre de Miriam, experta en sacarte de quicio!

Por suerte ya venía el autocar. Antes de subir, tuve que oír los consejos de mi madre. Al final, la interrumpí:

-No, mamá, no me dejaré encerrar en la Torre de Londres- me burlé- No me caeré al Támesis y tampoco subiré trepando al Big Ben.

-Sobretudo, come en condiciones-dijo mamá- Llevas dinero suficiente. No ahorres en eso. Y piensa..

Gracias a Dios ya podíamos subir. Todos estaban en sus asientos. Mamá estaba diciéndome algo, pero no la entendí a través del cristal.

El asiento de mi lado estaba vacío, pero no me importó. Al contrario. No hubiera soportado que alguien me martilleara los oídos durante todo el viaje. Saqué un chicle de la mochila y me lo metí a la boca. Me había aficionado al chicle porque había observado que cuando llevaba mucho tiempo sin comer, me olía mal el aliento. El chicle ayudaba. Luego me puse los cascos y encendí mi *walkman*.

Era un viaje largo, y pronto me entró el sueño.

Me pasé la mano por el vientre. Me resultó tan gordo y flojo como siempre. ¡Y eso, pesando menos de cincuenta kilos!

Empecé a sudar. Me había equivocado. Cincuenta kilos aún eran demasiados. ¡Me había puesto el listón demasiado bajo!

Metí tripa y palpé una hueca cavidad. Así es como tendrá que ser, así estaría bien. No ha servido de nada, hay que quitarse otros cinco kilos. Si pesara cuarenta y cinco, mi estúpida barriga desaparecería y los sujetadores talla A no me apretarían tanto."

"No podía ser cierto, una hora después de salir ya había gente que empezaba a comer. Y acababan de cenar. ¡Era increíble lo tragona que era esta banda! Tania estaba tomándose un yogur, de leche entera con frutas y naturalmente con azúcar. Ojala engordara como una vaca. Daniela le compró una Coca Cola al conductor. Ciento cincuenta calorías al colete. Yo sonreía para mis adentros. ¡Mujeres ignorantes!

No me gustó nada tener que estar sentada tanto tiempo.

Por Dios, sentada sólo se consumían treinta y seis calorías por hora. Y el viaje a Londres duraba aproximadamente dieciocho horas. Debía tener cuidado si no quería llegar hecha una bola.

Fui al baño e hice treinta flexiones a escondidas. No era fácil en ese espacio tan pequeño.

Cuando volví a mi asiento Félix estaba repartiendo chocolate. Se dejó caer a mi lado y me dirigió una sonrisa.

-¿Quieres?

Negué con la cabeza.

-Sabía que volverías a darme calabazas.- suspiró agachando la cabeza- Y eso que he guardado el mejor trozo para ti. ¿Por qué no te gusta el chocolate? ¿Te salen espinillas?

-Tengo alergia a la leche -mentí.

Bobby iba de fila en fila preguntando si todos estábamos bien. Hasta que por fin llegó hasta mí. Casi me faltaba el aire, de pura emoción.

-Bueno, Miriam ¿cómo va eso? Estás pálida ¿te encuentras mal? Dilo con tiempo ¿vale? ¿O quieres que te de una bolsa ahora mismo?

Negué con la cabeza.

-Estoy bien.

Alguien estaba sacudiéndome:

-Vamos Miriam, ¡parada al baño!

Me había quedado dormida. Afuera estaba oscuro.

-¿Que te pasa Miriam, has perdido el equilibrio?- preguntó Iris.

Oía su voz como si hablara a través de un algodón.

-Ya estaré bien.

Últimamente me mareaba con frecuencia, al levantarme por la mañana o cuando me agachaba. Apenas duraba unos segundos.

Tenía arcadas, aunque hacía horas que no había comido nada. Probablemente no soportaba bien el largo del viaje en autocar.

Pero yo misma me asusté al mirarme al espejo. Parecía un cadáver, pálida, con surcos oscuros debajo de los ojos.

Saqué mis cosas de maquillaje, me tapé los surcos y me di un poco de carmín.

Cuando salí, unos cuantos habían comprado papas fritas. El olor me llegó, sentí un hambre horrible, aunque hacía mucho que no comía papas fritas. Cien gramos de papas fritas tenían casi trescientas calorías, la mitad que el chocolate. "

"Suspiré ligeramente y me apreté la mano contra el vientre gorgoreante.

"Cosa gorda, cosa grasienta, ¡cálmate de una vez! ¿Quieres que te oiga hasta el conductor?"

Comía menos de 1000 calorías diarias y, si no podía ir al baño en todo el día, no adelgazaba ni un gramo. Por suerte, encontré las pastillas en el botiquín. Contribuyeron a que mi peso fuera bajando. En alguna ocasión a mi mamá también le habían recetado inhibidores del apetito y los había metido en el botiquín. Seguro que no los echaba de menos; puede que ni se acordara. Hacía mucho que mi cuerpo se había acostumbrado. Se las arreglaba con poco alimento. La mayoría de las veces ni siquiera tenía hambre. Sólo de vez en cuando se me hacía duro. Entonces me imaginaba todo lo que iba a comer cuando estuviera delgada. Y cuando nada servía de ayuda y por las noches no podía dormir de hambre y dolor de estómago, tomaba uno de los inhibidores del apetito. Pero eso ocurría pocas veces. Tenía demasiado miedo a que las pastillas pudieran hacerme engordar. En ninguna parte del envase decía cuántas calorías tenía una pastilla. ¡Y quién sabe lo que habían metido en ellas!

Viajamos toda la noche. Yo no pude dormir, aunque lo intenté. El viaje, tan largo, me produjo dolor de cabeza, y me ardían los ojos. Me dolía tanto el estómago que casi no podía soportarlo. En mi angustia, tomé un trocito de chocolatina, pero no me sirvió de mucho. Me encontraba fatal, tenía frío y sudaba alternativamente. Por fin se hizo de día y nos detuvimos a desayunar. Fuimos a una panadería en la que había cruasanes recién hechos. Los otros se lanzaron sobre ellos como una turba hambrienta.

-¿No quieres cruasán, Miriam?- me preguntó la señorita Strang.

-No gracias.

Seguía sintiéndome mal y me puse aún peor al oler los cruasanes. Le pedí a la profesora una pastilla para el dolor de estómago. Revolvió su bolso y sacó una cajita.

Meforcé a sonreír.

-Están realmente preparados para cualquier eventualidad.

La señorita Strang me devolvió la sonrisa.

-Bueno en un viaje así hay que preverlo todo.

De todas formas si el dolor persiste debes ir al médico. Con esas cosas no se bromea. No me gusta nada que en último tiempo hayas adelgazado tanto.

¡Maldita sea, a mí sí me gustaba!"

Capítulo ocho

"La pastilla para el estómago hizo su efecto, el dolor desapareció y me quedé adormilada. Cuando el autocar paró tuvimos que bajar, estaba completamente aturdida.

De pronto sentí una oleada de calor. El temblor de mis manos resultaba horriblemente embarazoso.

En ese momento el suelo volvió a levantarse y bajar. Fui presa del pánico. Se me cayeron las cartas. Cuando me incliné a recogerlas, todo a mi alrededor se volvió negro y caí en un agujero sin fondo.

Me sentí tan infinitamente bien.

Negro, negro, negro y en medio, fulgor de estrellas.

¿De dónde venían las voces?

¿Quién hablaba?

¿Mis examinadores?

¡Cielos, qué escándalo estaban armando a mi alrededor! ¡Y sólo porque me había desmayado durante unos segundos!

Fuera como fuese, había ocurrido lo que tantas veces había soñado: ¡Había estado en brazos de Bobby!

¡Qué triunfo! ¡Qué goce! ¡Qué dicha!

Claro que él se había limitado a agarrarme para que no me cayera al suelo.

Luego, los chicos se habían ocupado de mí.

No dejaban de hacerme preguntas idiotas.

¿Cuándo había comido por última vez?

¿Me desmayaba con frecuencia?

¿Me faltaba hierro en la sangre?

¿Había que llamar a un médico?

-Estoy bien -afirmé, y ni siquiera estaba mintiendo.

-Lo siento- dijo Bobby, poniendo cara de pena.

Estaba dulcísimo en aquel momento.

De pronto todo el romanticismo se acabó. De algún sitio salió un enfermero.

Todo esta absolutamente normal. La tensión un poquito baja. No hay razones para preocuparse. Me preguntó si era sensible a los cambios de tiempo. Yo asentí.

Cerró el maletín y se fue.

Bobby me invitó un café. En realidad tenía que sentirme totalmente feliz. ¿No era lo que siempre había deseado? Pero insistió en que lo tomara con leche y azúcar, y también tomé tres chokolatinas de las que había comprado.

-Para que te vuelva a circular la sangre- sonrió Bobby.

Le devolví la sonrisa y me metí en la boca, obedientemente, una chokolatina tras otra.

No se me ocurría que decirle a Bobby. Era del todo idiota. Había soñado mil veces con esa escena. Un vacío total en el cerebro. Sólo era capaz de pensar en cuántas calorías tenía las chokolatinas y en que sin duda engordaría."

"Nos miramos a los ojos, nos miramos intensamente. Seguro que un minuto, o más aún. Fue un momento mágico. Me estremecí de pies a cabeza, me parecía increíble estar sentada ahí tomando café con Bobby. Anhelaba tocar y

tomarle su mano. Pero por supuesto, no podía ser. Seguro que unos cuantos compañeros de clase nos estaban mirando.

-Puedes acudir a mí siempre que tengas cualquier problema- dijo Bobby.

Asentí. Tenía la garganta cerrada. En ese instante la señorita Stang se sentó con nosotros y destruyó todo el maravilloso clima que se había creado. Ella me dice:

-¿Te sientes mejor? Tienes que ir al médico cuando vuelvas.

-Sí -murmuré.

-¿Otra chocolatina?- preguntó ella.

-Estoy llenísima, en serio.

-Bueno, no será por las tres que te comiste- dijo Bobby frunciendo el ceño.

No tenía sentido decirle que normalmente yo no comía dulces. No mientras esa lechuga estuviera sentada a la mesa.

Me levanté y me metí al baño, para pensar con tranquilidad. Cuánto me habría gustado hablar con alguien. Sobre Bobby, sobre lo que había dicho y lo que había querido decir.. Ah pero las chicas de mi clase eran demasiado idiotas. Se reírían de mí si conocieran mis sentimientos por Bobby.

El corazón me latía apresurado mientras pensaba en él. Bobby era muy distinto. Con él podía hablar de cualquier cosa. Si tan solo supiera lo que sentía por mí.

¡Si no estuviera tan gorda! ¡Si pesara cuarenta y cinco kilos!!

Tenía que pesarme a toda costa, pero seguro que en ese maldito lugar no había ninguna báscula. ¿Pesaría menos que ayer en la tarde? No había comido casi nada. Sólo esas chocolatinas de mierda. Me entró el remordimiento. ¿Por qué no las había rechazado?

"¡Foca idiota has vuelto a perder el control! ¡Te has zampado esas chucherías!

¡Seguro que has engordado, y te lo mereces!"

Me toqué la guata y noté un pliegue. ¡Grasa, grasa, grasa! Todos mis maravillosos sentimientos se esfumaron de golpe y me entró un frío mortal.

¿Cómo iba a resistir esos días en Londres sin una báscula? ¡No había pensado en eso! ¡No tendría ningún control! ¡Y cuando volviera a casa quizá pesaría setenta kilos!

Me cubrí el rostro con las manos y me eché a llorar."

Capítulo nueve

"El viaje empezaba a resultarme interminable. Me costaba trabajo continuar sentada. ¡Se me iba a poner el culo como una hogaza! Echaba de menos mis carreras por el parque. Correr, entrenar los músculos, quemar calorías. En vez de eso estaba encerrada en este asfixiante autocar. ¡Maldición!

Al cabo de una eternidad llegamos a Londres.

Ya quería saber cuándo llegaríamos de una vez al hotel y si el baño de allí tenía báscula. O al menos, un espejo decente. ¡Tenía que controlar a toda costa si había engordado durante el viaje!

Cuando ya creía que no lo lograríamos, llegamos.

Pasó una eternidad hasta que se repartieron las habitaciones. Incluso la fría Stang parecía nerviosa.

Me tocó compartir habitación con Iris y Michelle. Estaba en el tercer piso. Al menos subiendo escaleras se quemaban calorías.

Entramos a la habitación.

-Bueno, se les ve entusiasmadas- Dijo Michelle- ¡Les apetecen unas gominolas?- Nos puso una bolsa delante de las narices.

Iris tomó. Mi primera reacción fue decir no, pero luego me acordé de lo que se me había ocurrido en el autocar.

-Gracias- metí la mano en la bolsa y me puse tres gominolas en la boca.

Las tuve un rato pegadas al paladar, luego las escupí en un pañuelo. Fue un juego de niños. Yo misma estaba sorprendida de lo bien que podía engañar a los demás.

Poco después estaba sola en la habitación. Saqué mis cosas con apatía y las puse en el armario. Entre tanto, cavilaba sin cesar sobre cómo averiguar lo que estaba ocurriendo entre Strang y Bobby. ¿Realmente me había imaginado ser algo más para Bobby que una estudiante gorda? Solamente me había invitado a tomar un café porque le había dado pena. Eso es todo.

Pero entonces, ¿por qué nos habíamos mirado a los ojos durante tanto rato?

"Quítatelo de la cabeza Miriam. Sólo ha sido amable contigo. No tienes ninguna posibilidad ¿Has olvidado la panza que tienes? Nadie te encontrará atractiva, vaca gorda, y menos Bobby"

"¡Que ciudad tan gris era Londres! ¿Por qué había venido? ¡Qué se me había perdido aquí, dónde no había ni siquiera una báscula?

"¡Eh, perezosa! ¡Te dedicas a perder el tiempo, cuando podrías estar haciendo gimnasia! ¡Vamos, cincuenta flexiones, antes de que vuelva Michelle! ¡Si te esfuerzas, a lo mejor llegas a cien!"

Obedecí a mi voz interior. Era verdad tenía que hacer algo si quería librarme de la grasa. Me mareé después de las primeras flexiones, pero no paré. ¡Tenía que llevar a cabo mi programa, tenía que consumir calorías, tenía que adelgazar!

"Treinta y cuatro, treinta y cinco..."

Mi respiración se aceleró, mi corazón latía más deprisa que de costumbre.

Seguro que ese día no conseguiría hacer las cincuenta flexiones. No iba ni a intentar llegar a cien.

"¡Vieja debilucha! Ah, lo sabía, no tienes ni un poquito de fuerza de voluntad. Eres vaga y comodona, y te está bien empleado estar gorda, ¡gorda, gorda, gorda!"

Cuarenta y siete, en seguida termino, cuarenta y ocho, dos más... cuarenta y nueve...

"Si sigues, hoy mismo vivirás algo hermoso con Bobby... Quizá vuelva a mirarte con ternura si eres capaz de hacer cien flexiones. Así que vamos, vamos, vamos. ¡Apuesta por ti, Miriam! ¿No quieres luchar por tu amor? ¿No quieres estar delgada?"

"En el hotel no había más que desayuno, y teníamos que preocuparnos nosotros mismos de todas las demás comidas. Para mí ésta era la menor de mis preocupaciones. En los próximos días estaríamos mucho tiempo andando, para ver las mil cosas que había que visitar.

Era verdad que el supermercado estaba a dos pasos. Resultaba divertido descifrar las etiquetas en los envases en otra lengua y adivinar de qué se trataba. Una inglesa nos miraba con desconfianza. Probablemente pensaba que íbamos a robar.

Michelle compró un montón de golosinas. Yo tomé dos botellas de agua y un paquete de tostadas. Cuando salimos, nos cruzamos con Bobby. Mi corazón volvió a sublevarse.

-¡Hola! Voy a entrar a comprar un té prometí llevar uno a casa.

Me interesaba ardientemente saber a quién se lo había prometido. ¿A su novia? ¿A su madre? ¿Por qué no me atrevía a preguntar? ¡Hubiera sido muy inocente!

"¡Cobarde!"

-¿Han decidido que harán esta noche?- preguntó Bobby- ¿Teatro o Soho?

-Soho -dijo Michelle

Y yo dije:

-Teatro.

-Creo que la obra es buena, le echaré un vistazo. Adiós, hasta luego.

Y desapareció en el supermercado.

La obra de teatro era mediocre. A mí me resultó bastante aburrida porque no entendí del todo la acción.

Cuando llegamos al hotel, estaba agotada. Me cambié de prisa, para que ni Michelle ni Iris tuvieran la ocasión de ver mi gorda panza. Iris dormía.

Michelle aún estaba despierta.

-Se lo he preguntado- dijo de pronto.

-¿A quién?- pregunté sin entender.

-A Strang. Que sí sale con Bobby.

Casi se me paró el corazón.

-¿Y?

-Dice que van a casarse el año que viene.

Me metí la sabana en la boca para no gritar. ¡Maldición, maldición, maldición! Había sido una noche hermosa. Bobby y yo nos habíamos mirado con ternura a los ojos dos veces. Y antes me había deseado buenas noches, de un modo de verdad cariñoso.

¡Mentiras, mentiras, mentiras!

¡Una bola de sebo como yo no se merecía otra cosa!"

Capítulo diez

"En los días siguientes, evité ir con los grupos que Bobby dirigía. Simplemente no podía soportarlo. Cada vez que lo veía, sentía una punzada. Me ardían el pecho y el estómago.

Dolía.

El aire viciado me hizo sentir mal.

Yo trastabillaba sin ganas con el grupo. No pertenecía a ningún sitio. Sobraba.

Cada día estaba más nerviosa. Nunca estaba sola. Siempre rondaba alguien a mí alrededor. Tenía que hacer lo mismo que el grupo. ¡Llevaba días sin correr! Pero es que no podía, siempre había algo programado. Si una no tenía ganas y quería descolgarse, venía la señorita Strang con la excusa de las obligaciones tutelares. ¡Maldita sea! Mis músculos se estaban deshaciendo. ¡No me sorprendería que estuviera engordando!

Intentaba moverme todo lo posible, subía y bajaba corriendo las escaleras del hotel mil veces al día, pero era distinto a mi habitual ronda de *Jogging*. Había pensado dar la vuelta a la National Gallery corriendo, pero luego no me atreví.

¡Demasiados guardias y gente! ¡Odiaba la presión del grupo! Ni siquiera de noche estaba sola. Iris y Michelle me ponían los nervios de punta con sus tontas ocurrencias. En una ocasión, Michelle había colgado por la ventana un queso de bola para mantenerlo fresco. Seguro que fuera no hacía más frío que dentro. ¿O sí? De algún modo, si hacía frío o calor, yo lo sentía todo igual. Mi corazón era un trozo de hielo, y los sentimientos estaban prohibidos. Por desgracia, el estúpido fuego en mi vientre seguía ardiendo cuando me cruzaba con Bobby. Por mí, podía hacer lo que quisiera.

Por la mañana solamente tomaba medio panecillo para desayunar, sin mantequilla, ni mermelada. Luego no comía nada en todo el día. Durante el desayuno era cuando más llamaba la atención. Y eso que me había acostumbrado a comer muy despacio. Mientras los otros tragaban y engullían, yo podía masticar interminablemente un solo bocado. Además, llenaba el plato de migas. Parecía como si me hubiera zampado tres panecillos. En el borde untaba un poco de mantequilla y un pegote de mermelada. Era una pequeña obra de arte. Título: *Los restos de una opípara comida.*"

"Nadie se daba cuenta de lo poco que comía. Estaba orgullosísima de conseguir engañarlos a todos.

Mi mayor problema era que no podía pesarme. No disponía de ningún control. ¿Cómo iba a saber si adelgazaba o engordaba? Cuando me miraba al espejo, no veía más que pirámides de grasa, depósitos de sebo y almacenes de manteca, en los muslos, en la guata, por todas partes. ¡Espantoso! ¡Y cómo se podía pellizcar y desplazar la piel con los dedos!. Cuando me miraba de perfil, era como si mi vientre fuera aún más grande que antes. ¡Qué panza! ¡Repugnante!

Naturalmente, Bobby no podía querer a alguien como yo. Sólo había sido amable conmigo por compasión.

"¡Esa pobrecita, tener que ir por ahí con un cuerpo tan horrible!"

Ni siquiera podía desahogarme llorando. Nunca dejaban de molestarme. Y si pasaba demasiado tiempo en el baño, seguro que alguien sacudía la puerta.

Sólo por las noches, cuando las otras dormían, yo sollozaba en voz baja, sin hacer ruido, y no demasiado tiempo, porque de lo contrario por la mañana tendría la nariz roja y había que aguantar preguntas estúpidas. Bobby se dio cuenta de que lo eludía. Una mañana, tropecé directamente con él. Como siempre, subía corriendo la escalera; él salía del pasillo en ese momento y chocamos. Casi enloquezco. El fuego de mi vientre volvió. Él dijo: -Eh! casi ya no se te ve, creía que te habías vuelto a casa. No pude decir nada pero lo quedé mirando fijamente. "Basta. Miriam, ha muerto para ti. Pertenece a otra. -¿Estás bien?- me preguntó- Estás bastante pálida. ¿Es que sales todas las noches? -Claro- intenté parecer animada. Los inhibidores del apetito y las pastillas laxantes bailaban dentro de mi estómago. Ahora ya no podía ir al baño sin laxantes, nunca estaba suficientemente tranquila."

"Hacía un calor espantoso. Cuando volvimos del museo, todos nos quejábamos. El autocar era un auténtico horno. -¿Nos podríamos tomar un helado en algún sitio?-propuso Iris. Desde luego, todos estuvieron de acuerdo. ¡Esos tragones golosos! ¡Lo mejor contra la sed era el agua mineral! El helado no hacía más que empeorarla. Además, el helado tenía infinitas calorías. Pero ninguno de esos ignorantes podía dominarse. -¿Por qué no quieres un helado, Miriam?- me preguntó Tobías, mordiéndose delante de mis narices una gigantesca bola de helado de chocolate. ¡Si supiera que un bocado representaba por lo menos cincuenta calorías! -Ya estoy lo bastante gorda- respondí. -¿Gorda?- Tobías se hizo el sorprendido, y levantó las cejas- Tú no estás gorda. ¡En los últimos tiempos te has quedado incluso demasiado flaca! -No te rías de mí tonto- me sulfuré. Se marchó ofendido. No tenía por qué burlarse de mí. En realidad, ¿qué les importaba a los demás lo que había comía o cuánto comía yo? ¡Me había vuelto muy sensible al respecto.

Por la noche, se levantó una tormenta fuerte. Al día siguiente, el último viaje, el tiempo fue malo y estuvo lloviendo constantemente."

Capítulo once

"¡Oh Dios, que aspecto tienes! ¡Cómo se puede adelgazar tanto en una semana!

Así me recibió mamá, y la hubiera matado. Pensaba que se alegraría de volver a verme. En vez de eso, no hacía más que regañarme.

-Entonces me iré otra vez- gruñí.

Me miró sorprendida.

-¿Qué te pasa? ¿Por qué estás de tan mal humor? ¿No ha estado bien el viaje?

-Claro que sí- respondí con rapidez.

Jamás diría una sola palabra de cómo habían explotado mis sueños. Eso no le importaba a ella."

"Cuando llegamos con el equipaje, papá salió del coche y nos abrió el maletero.

-¡Hola, Miriam! ¡Qué bien que hayas vuelto!- me besó en la mejilla.

Llevaba por lo menos tres años sin hacerlo.

-¿Has estado bien?- me preguntó papá.

-Sí.

-Timothy ha muerto- dijo mamá.

-¿Qué?

No podía creerlo. Antes de mi viaje aún estaba muy animado. ¿Cómo podía haber muerto tan deprisa?

-Empeoró repentinamente- contó mamá- Se pasó una noche llorando entera de dolor.

Me eché a llorar. ¡Timothy, el fiel Timothy! No podía imaginar que ya no estuviera. Nunca volvería a lamerme la mano, nunca volvería a pasear con él, nunca volvería a mirarme con sus ojos pardos... Ni siquiera me había podido despedir de verdad de él.

Llegamos a casa. Corrí primero a la cocina. El lugar en que podía tumbarse estaba vacío. Era como si nunca hubiese existido. Tenía ganas de gritar y expulsar a gritos mi angustia y pena. Lo que más me había perturbar era ver lo rápido que alguien podía desaparecer sin dejar rastro. ¿Qué sentido tenía la vida? Nacer, vivir unos cuantos años y luego convertirse en apestosa tierra... ¿Eso era todo?

¡Oh, maldita sea!

No pude seguir en la cocina y me precipité al baño. Allí me arranqué la ropa y me subí a la báscula.

"Cuarenta y cinco kilos, cuatrocientos gramos"

¡Había perdido cuatro kilos, en una sola semana! ¡Qué maravilla! ¡Antes nunca había conseguido tanto! ¡Pronto habría alcanzado mi objetivo!"

"Me miré al espejo con ojo crítico. Casi me da un infarto. ¡No se notaba nada, nada! Mi panza estaba gorda y fofa como siempre, mis pechos se habían vuelto aún mas feos y los muslos estaban llenos de hoyos. ¡Gorda, gorda, gordísima!

"Por Dios Miriam, ¡eres la criatura más espantosa que hay sobre la faz de la Tierra! ¿Has pensado en serio ni por un momento que entre Bobby y tú podría haber algo de no ser por la idiota de Strang? ¡Qué error, monstruo fofa! ¡Mírate!

¡Bobby no quiere una novia de tocino!"

Lloré a moco tendido. Todo era en vano. ¡Me esforzaba tanto, y la grasa no desaparecía! Claro, era porque había dejado de hacer *jogging* durante una semana. Esos pecados se pagan de inmediato. ¿Había imaginado que podía permitirme relajar la disciplina?

"Si realmente hubieras querido, habrías corrido en Londres. Por ejemplo en Hyde Park, mientras el resto de la clase escuchaba al hombre tatuado. ¿Y por qué no has hecho gimnasia? ¡De noche en la cama, tenías una oportunidad de oro! ¿Por qué no te echaste al suelo para entrenar? ¿Quieres que conteste? ¡Por que eres demasiado comodona para eso! ¡Pedazo de vaga!" Me miré al espejo, de arriba abajo. Luego contraí el vientre y contuve el aliento. ¡Que diferencia! ¡A mi guata le sobraban por lo menos tres kilos! También en otros sitios podía quitarme más grasa aún."

"Sólo sería feliz si pesara cuarenta kilos. O mejor aún, treinta y nueve kilos. Sí, treinta y nueve estaría bien. Un número mágico. Treinta y nueve kilos... Sonaba magnífico.

Respiré hondo. Ahora volvía a tener una meta. Podía conseguirlo si quería.

Hasta ahora había perdido ya trece kilos, lograría perder otros seis. Ya sabía cómo se hacía. Y de ningún modo podía descuidar mi gimnasia.

Los otros quedarían maravillados: "Miriam, tienes un físico fantástico", me diría Iris. "¿Cómo lo haces?" Pero yo me limitaría a sonreír misteriosamente y no revelaría ninguno de mis trucos. ¡Que los descubrieran por sí solos!"

"Mamá llamó a la puerta.

-¿Estás ahí, Miriam? ¿Qué ocurre? Si he hecho algo mal, lo siento. Comprendo que estes triste por Timothy.

Abrí la ducha.

-¿Qué dices?- grité- ¡No te escucho una palabra!

¡Mentira! Pero la culpa era de mamá, ¿por qué tenía siempre que sacarme de quicio de ese modo?

-Bueno entonces ponte guapa. Voy a echar un vistazo a la comida.

¡Comida! ¡No tenía hambre! Seguro que mamá volvía a montarme el número a costa de eso. Tenía que ocurrírseme algo.

Para ganar tiempo, me duché de verdad. Me enjaboné a fondo y me lavé el pelo a conciencia. Maldición, se me estaba cayendo. Verdaderos mechones se quedaban colgando del peine. Miré irritada los rubios mechones. Luego

examiné mi cabeza. No, aún no llamaba la atención, por suerte. Como máximo en las sienes. En ellas el cabello era ya muy escaso. Si no tenía cuidado, acabaría con unas entradas de intelectual. ¡Repugnante!

Miré con desconfianza la botella de champú. Llevaba medio año empleando esa marca pero podía ser que ya no tolerase su principio activo. Mañana

mismo compraría champú especialmente suave. ¡No quería quedarme calva!

¡Gorda y calva era mucho peor que sólo gorda!

"Me puse ropa limpia y seguí alargando el rato, luego salí por fin del baño.

¡En la cocina me esperaba un auténtico banquete, incluso con velas y flores!Y toda la mesa estaba llena de comida: ensalada de pasta con pollo, espárragos, tomate, jamón, pan recién hecho, crujientes panecillos..

-¡Vaya!- dije sorprendida.

Me hubiese gustado escapar. Pero todos estaban sentados en torno a la mesa. Jenny, la abuela, papá y mamá.

-Tenemos que celebrar tu regreso- dijo mamá- Además he pensado que no vendría mal que te rellenáramos un poquito.

Me senté en el banco de la esquina. Tenía una expresión triste.

- No puedo comer nada- murmuré- lo siento. No puedo tragar, Timothy.. - Quise apartar mi plato vacío, pero mamá me lo devolvió con suavidad.

-No va a resucitar porque tú te mueras de hambre- dijo.

- No, Miriam seguro que eso no le gustaría- dijo la abuela- Como tranquila hija mía ¡Sirvetes de una vez!

Mire a papá y a Jenny en busca de ayuda.

-Debes tener mucha hambre- dijo papá- El viaje de Londres es largísimo. Y Jenny me puso el pan en las narices.

Comprendí. Era una conspiración. ¡Querían obligarme a comer!

Me puse rígida.

-Estamos esperando- dijo papá, y el brazo de Jenny con el cestillo de pan tembló ligeramente- Hoy te toca a tí empezar con la comida.

-Para celebrar el día- recalcó mamá- Porque has vuelto."

"Empecé a sudar. ¿Qué debía hacer? Me miraban, observaban cada uno de mis movimientos. Era imposible engañarlos. No podía echarme algo al plato y luego hacerlo desaparecer con rapidez.

-¡Vamos, come ya Miriam!- dijo Jenny.

-La margarina está aquí- dijo papá.

-Gracias- dije sin voz.

Me unté una capa fina, muy fina en el pan.

-Que ahorrativa- dijo mamá- ¿Queso?

-Mejor un tomate- dije.

El tomate era grande, sano y de un rojo reluciente. Lo corté en finas rebanadas, le eché pimienta y sal y me lo puse en el pan. Mordí.

Los demás se sirvieron de una vez.

Quise comerme la rebanada lo más lento posible. Quería masticar a conciencia cada bocado, tal como me había acostumbrado en los últimos tiempos.

"¡Bueno Miriam! ¡Qué bien, cómo te estás poniendo! ¡Te felicito! ¿Y tu eras la que hace un momento querías adelgazar seis kilos? Parece que ya no. El peso que has perdido en Londres volverás a recuperarlo, es algo que pasa en un cero coma cero segundo, ¡ya lo verás! ¡Eres igual a tu madre, débil! Admítelo de una vez ¡Te gusta comer! ¡Eres ansiosa de hacerlo! ¡Qué asco!" Si hubiera elegido el embutido.. Hacía tiempo que ya no me gustaba. Pero me había decidido por el tomate. Siempre me habían gustado los tomates. Éste estaba jugoso y tenía un sabor exquisito.

¡Los tomates tenían tan pocas calorías!..

Tomé otro más.

Y luego un tercero.

Mi cuerpo me traicionaba. Ya no lo tenía bajo control. Se me escapaba. Hacía lo que quería.

Y sólo quería una cosa: ¡tragar!
Mis manos se volvieron independientes. Echaron mano al pan, cogieron la mantequilla, untaron rebanadas, cortaron tomates, rayaron queso, y finalmente terminaron tomando el jamón.
¡Oh, si me hubiera cortado cada uno de los dedos!"

"Mi boca era igual de mala, insaciable. No podía llenarla lo bastante aprisa.
¿Masticar con cuidado? ¡Érase una vez! Mi lengua probaba placeres largamente prohibidos, disfrutaba de la mantequilla, gozaba del queso, la pasta, el pollo. Me zampé, engullí y tragué todo... Exactamente igual que los otros. ¡Y estaba bueno, estaba bueno!
El ambiente de la mesa era alegre como hacía tiempo. Papá incluso contaba chistes. Yo hable sobre mi viaje. La abuela sonreía.
Seguí enloqueciendo progresivamente. Me inventé una historia de estupenda camadería y fiestas a medianoche en las habitaciones. Ahora Michelle e Iris eran mis mejores amigas. Eso le gustó incluso a papá.
-Empezábamos a tener miedo de que te apartaras un poquito de las otras. Me caí de la higuera. ¡Precisamente papá se preocupaba por eso!
-Nos alegramos por ti de que tu viaje haya sido tan bonito- dijo mamá, y se fue a la nevera- ¿Quiere alguien budín de chocolate?
Nadie quería, nisiquiera Jenny.
-¿Puedo levantarme?- pregunté apresuradamente.
-Vete.
Mamá sonrió con suavidad, hacía mucho no había comido tanto como hoy.
-Seguro que estás cansadísima.
Salí de la cocina y corrí al baño. Allí me arranqué la ropa y salté sobre la báscula.
Cuarenta y seis kilos, doscientos gramos.
¡No! ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!
¡No podía ser cierto! ¡Una sola comida y había engordado ochocientos gramos! Fue como si me hubieran dado un golpe en la cabeza.
¡Todo el ayuno había sido en vano! ¡Nunca alcanzaría los treinta y nueve kilos, nunca, nunca!
Totalmente desesperada apoyé la cabeza contra la pared. Dios mio ¿por qué había comido de ese modo? ¿Por qué me había traicionado a mí misma?
¿Dónde estaba mi fuerza de voluntad? Sentí asco de mí misma.
Toqué mi vientre, llena de repugnancia. Un auténtico tambor, ¡gordo, gordo, gordo! Un vientre de tomate, pan, queso, mantequilla y jamón, qué asco!
¡Dios! ¿qué me había pasado? ¿Por qué me había comido todo eso, por qué?"

"Estaba tan amargamente defraudada conmigo misma. ¡Había fracasado, fracasado, fracasado!
¡Si pudiera borrarlo! ¿Por qué en la vida no había posibilidad de repetir una escena?
De vuelta a la mesa de la cocina. Todos me miran expectantes.
Yo muevo la cabeza. "*Gracias, comeré más tarde.*" Luego voy a mi cuarto y descanso tranquila.
Así de fácil hubiera podido ser. No hubiera engordado ni un gramo.
En vez de eso, ahora tenía una guata pesada, fofa, informe, gorda, gorda, gorda, y me sentía mal de tanto comer. Tenía punzadas, el estómago se me

hinchaba, tenía la tripa a punto de explotar.

¡Maldición!

Me sentí recorrida por escalofríos. La comida presionaba dentro de mi vientre. Tomates, pan, jamón y mantequilla eran ahora una masa gorda y espesa que se revolvía pesadamente dentro de mi estómago. Las partes gordas chocaban, dolorosas, contra sus paredes.

Había engullido sin masticar en condiciones. Me dolía si me apretaba la tripa. Sentía una bola grande como la palma de la mano. Era mi estómago, dentro estaba todo.

¡Qué mal me sentía! ¡Debería vomitar, así me libraría de toda esa basura! Miré el váter. ¡Vamos, fuera la comida!

Pero no funcionó. No funcionaba nunca voluntariamente. Nunca me había funcionado. Cuando me sentía mal, me pasaba horas con dolor de estómago y náuseas. Mamá siempre me decía que me metiera los dedos en la boca. Nunca había podido. Siempre tenía miedo al vómito, aunque lo deseara. Los dedos en la boca. Tocar la campanilla con el índice. Eso provocaba el vómito. Un truco muy fácil.

"¡Rayos Miriam, ésa era la solución! ¡Así te librarías de esa basura! Puedes arreglarlo todo. Sólo tienes que superarte. ¿Que tiene de malo? ¡Vamos, mete los dedos, atrévete! Ah ¿vuelves a ser demasiado cobarde? ¡Entonces déjalo, princesa de las grasas!"

"Incliné a cabeza sobre el inodoro. Quizá pudiera sola. Con pensar firmemente en ello...

¡No, no podía!

"¡Vamos, Miriam, echa una mano! Los antiguos romanos lo hacían constantemente, empleaban para ellos plumas de pavo!" ¡Plumas de pavo!

¿Sería más fácil con un objeto que con los dedos? Miré a mi alrededor. ¿Qué podía utilizar? ¡El mango del cepillo de dientes!? No, agggg. Mejor los dedos. Me lavé las manos, abrí la boca y metí los dedos. Cuando me toqué la campanilla, sólo me hizo cosquillas. Lo sabía ¡No funcionaba!

"¡Naturalmente que funciona, tienes que meter los dedos más adentro! Es un reflejo que funciona en todas las personas. ¡Así que, valor! ¡Vamos, inténtalo!"

Me metí más los dedos en la garganta. Tuve la sensación de ahogarme. ¡Más hondo! A la primera arcada, saqué los dedos. Sudaba, me temblaba todo el cuerpo. ¡No podía!

"¿La reina de los fofos es demasiado delicada? Sólo tienes que concentrarte y motivarte. Será más fácil. Piensa en algo que te dé asco. Piensa en Bobby, imagínatelo haciéndolo con la señorita Strang ¿Funciona así?"

Funcionó.

Una arcada por el odio.

Otra, por el amor perdido.

Y otra más por la nostalgia, tan dura que no podía soportarla.

Por fin estaba todo fuera.

Tiré de la cadena y me incorporé, agotada. Agotada y aliviada por haberlo logrado.

Me enjuagué la boca y subí a la báscula.

Cuarenta y cinco kilos, cuatrocientos gramos.

Me apoyé en la pared, feliz. ¡Todo volvía a ir bien!"

Capítulo doce

"Hacía buen tiempo y volvía a dar mis paseos diarios por el parque. Podía correr durante horas sin apenas cansarme. A menudo repetía mentalmente vocablos o pensaba en problemas de matemáticas. Correr me liberaba. De vez en cuando, me cruzaba con otros corredores. Pasaban jadeando junto a mí con la cara roja. ¡Qué pesados sonaban sus pasos! ¡Qué profundas eran sus huellas en la arena! ¡Qué forma de correr tan atormentada!

Yo no dejaba huellas. Cuando corría, mis pies eran ligeros, mis pasos largos y elásticos. A veces ni siquiera sentía las piernas. Entonces me parecía estar deslizándome entre los árboles, como si flotara ligera y sin esfuerzo sobre las praderas y caminos.

Pesaba cuarenta y tres kilos. Ahora adelgazaba con horrible lentitud, aunque me subía casi continuamente a la báscula para controlarme. Con frecuencia me descubría unos cientos gramos más que la vez anterior. Entonces me sentía totalmente abatida. A veces tenía la impresión de engordar tan sólo con respirar.

¡Debía mantener un cuidado infernal!

Lo peor era que mamá y a papá se les había metido en la cabeza cebarme.

Ahora, a menudo papá estaba en casa por las tardes. ¿Habría roto su amiguita con él, y descargaba en mí su frustración?

Mamá aún era tierna. Con ella podía llegar a acuerdos. Cuando le decía que tenía que estudiar y prefería comer en mi cuarto. Naturalmente yo lo hacía desaparecer. No en la papelería, porque mamá lo habría encontrado al día siguiente. No, lo metía en la cartera y lo tiraba de camino al colegio.

Papá no se dejaba engañar tan fácilmente. Insistía en que me quedara sentada en la mesa y me comiera todo lo que había en el plato. Era una idea fija por su parte.

Los trucos que valían con mamá y la abuela no servían con él. No podía levantarme tranquilamente. No podía envolver restos de comida en la servilleta y tirarlos. Ni distribuir lo poco que me ponía en el plato de forma que pareciera mucho más.

¡Me ponía furiosa cómo me vigilaba mi padre, mirando siempre mi boca y mi plato!"

"¿Dónde está el queso que había aquí?- preguntó papá

Había metido el queso con rapidez en una piel vacía de embutido, mientras papá estaba ocupado con su té.

Estallé-

-Maldita sea ¿por qué no te haces detective?- le rugí.

-Porque casualmente soy ingeniero.

No se dejó provocar y mantuvo la calma. Eso me hizo perder el control.

-¡Ya soy bastante mayor para saber qué quiero comer!

-Está claro que no.

¡Ah, maravilloso! creía que podía controlarme. Seguía quedandome un medio que él no conocía ¡los dedos en la boca!

¡Nadie podía obligarme a nada! ¿Que dijera lo que se le antojara! ¡Yo hacía lo que quería! Y hacerlo, me hacía sentir bien, porque sabía que tenía poder.

Mis notas fueron muy buenas. Mi esfuerzo y mi orgullo fueron elogiados, y

mejoré en varias asignaturas.

Volví a casa satisfecha de mis calificaciones.

¿Válorarían de una vez lo que tenían en casa? ¿Se darían cuenta de que me habían subestimado?

Mamá se asombró. La abuela se puso contenta. Quiso invitarme a celebrarlo en el café. Logré convencerla de que prefería ir al cine.

También papá me dió dinero.

-Bien pues, sigue así- dijo al ver mis notas.

Me propuse ser la mejor de la clase el próximo año.

¡Ahora vacaciones! Hubiera preferido ir al colegio! Como ese añ no nos íbamos de veraneo. Continué con mi programa de entrenamiento ¡pero tampoco podía pasarme todo el día corriendo! Me aburría y estaba de mal humor. Todos los días pasaba un par de horas inclinada sobre mis libros. Hasta que a mi madre le pareció que estaba exagerando.

-¿Por qué no sales con tus amigas?- preguntó- ¿Qué pasa con Michelle e Iris? Pensaba que te entendías bien con ellas. ¿Por qué no han venido nunca a la casa?

-Porque están de viaje- respondí.

Aunque ignoraba lo que ellas estuvieran haciendo durante las vacaciones.

Un día salí con Michelle. Se quedó mirandome.

-¿Has adelgazado aún más?

-Puede ser- contesté fingiendo indiferencia.

-Oye, ten cuidado. Creo que hace mucho que estás super delgada. Una prima mía era anoréxica. No podía dejar el régimen. Al final no era más que piel y huesos. La llevaron al hospital y la alimentaron artificialmente. Aún sigue en tratamiento.

Me eché a reír.

-Te aseguro que yo no soy anoréxica.

¿Qué se había creído Michelle? ¡Si ella supiera el trabajo que costaba no engordar! ¡Si no fuera por la disciplina y el autocontrol, no lo conseguiría nunca! Si quería, podía volver a comer normalmente en el acto. ¡No era ningún arte!"

Capítulo trece

"Me enteré por el periódico. Mamá me lo dejó abierto junto con el desayuno. En la página de esquelas descubrí al instante la foto de Silke. Reía y tenía el aspecto que siempre había tenido: amable e insignificante. Luchó contra su enfermedad, esperó, sin embargo, perdió. Silke Simon.

Era más joven que yo: ni siquiera había cumplido los quince años.

Muerta.

Estaba totalmente estupefacta. Me temblaron las manos de tal modo que me tiré el té encima de las piernas.

-¿Esa era la Silke que fuiste a visitar hace poco?- me preguntó mamá.

Yo asentí.

-Dios mio, morir tan joven.

"Morir tan joven" La frase no se me quitaba de la cabeza. Eso era lo peor.

Tenía remordimientos de conciencia, porque me había ocupado poco de Silke y eso ya no se podía remediar. Pero lo que más me afectó fue que Silke ni siquiera tenía mi edad. Y ahora estaba muerta.

Era inconcebible.

Silke nunca más nos miraría en la clase de Gimnasia. Ya no ofrecería a nadie sus eternos caramelos. No volvería a pedir a los profesores, con su voz aguda, que le repitieran lo que acababan de decir.

Nunca la había apreciado especialmente, pero aun así lo sentí muchísimo.

-¡Dime que no es cierto mamá!- lloré.

Mamá quiso abrazarme y consolarme. Hacía mucho que no lo hacía.

-¡Por dios, estás en los huesos!- se le escapó- ¡Esto ya no es normal!

Inmediatamente la rehuí. De todos modos, no me gustaba que nadie me tocara. Siempre empezaban las observaciones idiotas: ¡demasiado gorda, demasiado flaca, demasiado sabe Dios qué! ¡Que me quitaran las manos de encima! ¡Yo tampoco andaba agarrando a nadie!

Mamá seguía asustada.

-¡Por eso llevas siempre prendas de manga larga, en pleno verano! ¡Para que nadie se dé cuenta de lo esquelética que estás!

-No estoy esquelética!- grité.

Llevaba camisas anchas porque me gustaban, y porque con ellas podía esconder mis monstruosos pechos.

Pero mi madre no hacía más que mirarme con los ojos muy abiertos.

-Oh Miriam, ¿qué te pasa? Empiezo a no saber qué hacer."

"¿Qué quería saber? ¡Siempre había tenido una hija cómoda! Nunca había tenido problemas conmigo. No fumaba, no tomaba drogas, no me atiborraba de alcohol y siempre dormía en mi casa por las noches. ¡Oh sí, era asquerosamente buena! ¡En otras familias las cosas eran distintas, y a pesar de eso, mi madre siempre andaba metiéndose conmigo!

-No hace falta que me mires con esa cara- mamá cambió de actitud con rapidez- Sólo sugiero que deberíamos ir a médico.

Eso ya era el colmo. ¿A qué venía ese numerito? Estaba sana, me sentía estupendo. Estaba completamente en forma, de lo contrario no podría correr todos los días. Eso sólo lo lograba alguien cuyo cuerpo funcionara bien.

Mi mamá no dejaba de hablar de que tenía que hacerme un chequeo, tiré el periódico al suelo de la cocina y corrí a mi cuarto. Maldita sea, ¿por qué tenía que molestarme? ¡Estaba totalmente traumatizada porque Silke había muerto, no necesitaba más estrés! Michelle me preguntó si iría al entierro. -Claro que iré- era lo último que podía hacer por Silke. -Bien, yo también iré- dijo. -¿De qué ha muerto?- le pregunté. Michelle titubeó. -Tenía cáncer de páncreas. Es algo muy raro a su edad.

Durante todo el día, no pude pensar más que en Silke. Intenté imaginar cómo sería estar muerta y enterrada. No lo logré. Me había afectado de veras. Ese día, no tuve que esforzarme para ayunar. No tenía apetito. No me costó nada no comer. Sencillamente no tenía hambre. La mayor parte del día me lo pasé tumbada en la cama, mirando fijamente frente a mí y reflexionando. No tenía ganas de nada, ni siquiera de correr. Por primera vez desde hacía semanas abandoné mi entrenamiento diario. No me sentía bien."

"Sólo al atardecer, vino el remordimiento. Me levanté para ir al baño. Naturalmente, me subí a la báscula. ¡Pesaba trescientos gramos más que la noche anterior! ¡Mierda! Claro, estar tumbada también engordaba. Volví a buscar las pastillas laxantes, y encontré otro tubo completamente lleno. ¡Había salvado los próximos días! Ya no me atrevía ir a la farmacia. Tenía la impresión de que me miraban de una forma extraña, aunque siempre contaba que mi abuela tenía problemas de digestión. Al día siguiente, al levantarme me mareé y estuve a punto de vomitar sin necesidad de meterme los dedos. Me quedé la mitad del día en la cama. Sólo en la tarde me levanté a dar mi paseo por el parque. Esta vez fue horrible. Ni siquiera alcancé hacer una cuarta parte del recorrido. Me pesaban los pies como el plomo. Intenté convencerme de que era la pena por Silke. Simplemente, me estaba hundiendo, psíquica y mentalmente. Al otro día, en el cementerio, había mucha gente. Es curioso cuánta gente se preocupada de pronto por Silke.. Ahora que estaba muerta. Me sentí fatal cuando caminamos con el ataúd. Era tan triste que me eché a llorar. ¡Por nada del mundo quería estar aquí, entre las otras tumbas! ¡Y tampoco quería que Silke estuviera aquí! El sacerdote dijo lo estupenda que había sido y que nadie podía entender por qué había perdido la vida tan joven. El resto ya no pude entenderlo. **Otra que quiere matarse de hambre.** Volvía a oír, pero aún no veía nada. Me sorprendió el comentario. ¿Es que no sabía que Silke había muerto de hambre? Entonces me di cuenta que estaba tumbada en algún sitio. Al mismo tiempo tuve la impresión de estar moviéndome hacia adelante.

Abrí los ojos. Alrededor las cosas palpitaban y los contornos no querían volverse del todo nítidos..."

Capítulo catorce

"Dos hombres hablaban.

-*Da pena. No es más que piel y huesos.*

-¡Cuéntaselo a una anoréxica! Incluso cuando están en el esqueleto se encuentran demasiado gordas.

-¿Tú crees?

-No es la primera vez que llevo al hospital.

¿Al hospital? Me costaba trabajo aclarar mis ideas. ¿Quién iba al hospital?

-Y la verdad es que sería muy linda si no estuviera en los huesos. Se le está cayendo el pelo: en la sien está calva.

¡Esos hombres hablaban de mí! ¡Maldición, estaba convencida de que la calva aún no se notaba!

Quería tocarme la cabeza pero no pude. No logré levantar el brazo. Seguía sin poder ver bien.

-Probablemente tendrán que alimentarla artificialmente por un tiempo. Está bastante deteriorada físicamente.

Entonces sentí pánico. ¡Debían dejar de hablar así de mí! **¡Yo no era anoréxica!** ¡Me hubiera dado cuenta! ¿Qué se creían?

¡Alimentación artificial! ¡Por Dios, estar ahí tumbada y embutirse de comida por vía intravenosa, qué espanto!

¡No quería, no quería!

Deseaba protestar en voz alta, defenderme, librarme del cinturón con el que me habían sujetado a la camilla. Pero no tenía fuerzas. Mi cabeza quería, pero mi boca, mis brazos y mis piernas no colaboraban.

Mi cuerpo me dejaba en la estacada. Tenía que quedarme ahí acostada, sin decir nada, aguantando todo lo que aquellos dos hombres dijeran de mí."

"¿Anorexia?

¿Una enfermedad mortal?

¡Eso no era cierto!

"Otra que quiere matarse de hambre"

¿Matarme de hambre... yo? ¡No! ¡Sólo quería estar delgada y guapa!

No tenía intención de morir. Para nada.

La muerte me daba miedo. No quería quedarme en el cementerio como Silke.

Nadie debía caminar detrás de mi ataúd y llorar. ¡Y no quería que me bajarán a una fosa oscura!

¡No, no, no!

Lo tenía todo bajo control. Seguro que no me iba a matar de hambre.

"¿Todo bajo control? ¡Entonces, levántate y vete, Miriam!

¿Por qué no les gritas a la cara que paren y te dejen bajar?"

No tenía fuerzas para eso.

¿Todo bajo control, cómo?

Sin fuerzas.

Tan débil.

¿Qué harás en el próximo agujero negro?

¡Tienes miedo, Miriam!

Sí.

Tenía miedo.

Un miedo horrible.
Porque no podía levantarme.
Porque me llevaban al hospital.
Porque no quería morir.
¿Estaba realmente tan enferma?
La sangre susurraba en mis oídos. No, atronaba en toda regla.
Sentí que iba a perder el conocimiento otra vez.
¡No!
No quería. Me aferré a la camilla con las dos manos."